

La importancia del euskera

Tierra Vasca, 111. zk., 1965-09: 4.

Acabo de leer el artículo de mi buen amigo Luis Las Heras (*Idioma y cultura*. "Tierra Vasca", agosto 1965), y le agradezco sobre todo dos cosas: primero, que haya aceptado el planteamiento en los términos en que los recordé con sus "aristas" y todo (*El imperialismo euskérico*, "Tierra Vasca", junio 1965), y segundo, que lo haya hecho con razones y sin poner trampas a la buena fe.

Yo no esperaba otra cosa de él.

No quiero escribir un artículo largo (aunque los temas que toca den para eso y mucho más) porque a Pello Mari le sobran líneas cuando va a montar su periódico. No puedo, pues, decirlo todo. Se me ocurre que en adelante, para mayor eficacia en profundidad, sería mejor tocar solo un punto concreto y ahondarlo. Como, por ejemplo, el valor cultural de la lengua. Si no, nos pasa como a mí ahora, que toco varios de gran interés, y no puedo hacer sino eso, tocarlos.

Voy a comenzar confesándole que su afirmación de que a menudo damos "como norma de lo vasco a lo vizcaíno o guipuzcoano" me ha hecho pensar. Ciertamente, hay en el nacionalismo vasco una tendencia acaso exagerada a reivindicar una Euzkadi concebida en los términos socio-económico-culturales y políticos de las dos regiones que mantienen en nuestros días una individualidad diferencial más acusada. Y es natural que los vascos que pertenezcan a otras regiones se sientan relegados y hasta en cierta forma excluidos, con grave daño para nuestros objetivos comunes. No se trata de defender esta tendencia, pero sí se puede explicar. No hay ninguna duda de que, a pesar de que sentimos como nuestras, y lo son, las riojas de Navarra y Alava, han sido, naturalmente, más influidas por los pueblos fronterizos que la montaña de Navarra y que Guipúzcoa o Vizcaya, y se han distanciado espiritualmente unas de otras; como la razón nacional vasca arranca sobre todo del hecho diferencial, el sentido nacional vasco moderno brotó y se afianzó en las regiones más euskeldunes y no en las riveras fronterizas del Ebro; es natural que, después, todo el trabajo y toda la tensión y toda la sangre vertida hayan tendido a imprimir al símbolo de lo nacional vasco su sello particular. Por supuesto que sin ningún carácter discriminatorio consciente ni programático. Euzkadi es, sin duda, un todo complejo que hay que saber aceptar como es en la realidad. Es bueno, por eso, que alguien como Luis Las Heras nos lo recuerde desde su ángulo de visión de vez en cuando, porque podemos olvidarla con prejuicio grave de nuestros objetivos, y, sobre todo, de nuestros programas de trabajo actuales. Aunque, naturalmente, la tendencia ideal de la meta nacional no deje de ir, por eso, en la dirección de lo que es más genuinamente vasco.

Cuando Luis me achaca la aparente contradicción de decir que al perder el euskera el pueblo *ha perdido su integridad* (un fenómeno cultural) y al mismo tiempo conceder que los vascos que no hablen euskera *no son menos vascos* que los demás, quiero aclarar que a este gentilicio solo quise dar un sentido político.

Por otro lado, no hay duda de que el castellano es de vieja tradición en algunas regiones vascas, lo queramos o no, y lo concedí con amplitud en mi artículo anterior. Pero no vayamos a llegar al otro extremo de decir ahora que el castellano es tan vasco como el euskera. Cada cosa en su sitio.

Que ¿por qué "los escasos movimientos culturales que hubo en nuestra patria no usaron el euskera"? Yo también me lo pregunto, y me indigno. Sin duda alguna que los vascos tenemos que culparnos muy seriamente, antes y ahora, de la suerte de nuestra lengua, porque es muy posible que sin nuestra propia complicidad, hubiese estado todavía pujante, a pesar del castellano. Pero ¿qué vamos a esperar de los intelectuales vascos (con honrosas excepciones) si ni al mismo insigne trabajador que fue Manuel de Larramendi, autor de la primera gramática de nuestra lengua, se le ocurre reclamar para la lengua vasca un lugar en la escuela! No soy yo de los que me conformo con echarle toda la culpa a Castilla y al castellano, ni antes ni ahora; al margen del evidente estrangulamiento centralista que ha sido y es criminal (¡ver el drama actual de la Radio Loyola!) hemos sido, y somos, todavía culpables de abandono cobarde. Pero esta larga constante histórica puede y debe quebrarse en nuestra generación. Tenemos la ventaja de vivir, al mismo tiempo que enfrentados a grandes problemas técnicos que nos plantea la lengua, una circunstancia excepcionalmente ventajosa, tanto en nuestra propia conciencia como en la del mundo que nos rodea. Y si, por fin, estamos conscientes del mal y sabemos cómo curarlo, y si, por fin, el mundo nos da la razón, ¿qué nos asusta? ¿El trabajo? Podemos hacerlo.

Sí, soy muy sensible al problema del euskera; acaso hasta "hipersensible", como lo quiere Luis Las Heras; está bien. No porque no me importen otros problemas, pero éstos tienen ya muchos que los defienden. El euskera, no, y su oportunidad para la vida es única y dramáticamente última.

La lengua no es la única expresión de la cultura de un pueblo, pero tiene a mi juicio, más importancia que la que le concede Luis. Para él "el idioma es un instrumento de expresión que no tiene más función que dar forma a las ideas". Creo que está equivocado desde la misma raíz, pero si yo fuese a hablar de este tema necesitaría un espacio mayor que el que dispongo ahora. Efectivamente, Caro Baroja dice eso que dice Luis que dijo, y Oteiza también. Aunque los dos dicen también otras cosas. Todo es materia de elección. Nuestra selectividad denuncia nuestro ángulo de juicio. Ya sé cuál es el de Luis. El mío lo verá reflejado en esta cita de Edward Sapir ("El lenguaje", Breviario del Fondo de Cultura Económica, México, 1954): "Debemos convenir en que el lenguaje es una herencia antiquísima del género humano. Es dudoso que alguna otra posesión cultural del hombre sea el arte de hacer brotar el fuego o el de tallar las piedras, puede ufanarse de mayor antigüedad... Todas las verdades que hemos ido descubriendo acerca del lenguaje nos revelan que se trata de la obra más importante y más monumental que ha llegado a crear el espíritu humano". Y el sabio sueco Pierre Naert ("Gure Herria", setiembre 1958, Bayona) lo complementa bien: "Estamos plenamente convencidos del vínculo estrecho que existe en todas partes entre el espíritu de un pueblo y la lengua de que este pueblo se sirve para alimentarlo y expresarlo. De tal manera que faltando la lengua, es aquel espíritu el que ha de perecer primero y principalmente. Y, para hablar de más cerca que nos diga el querido y malogrado, Javier de Landaburu donde coloca a la lengua en el caso particular

de proceso de la cultura vasca ("La causa del pueblo vasco"): "Dentro de esta labor (patriótica) hay un orden de prelación de trabajos y entre ellos el más urgente a mi manera de ver, es el de evitar la desaparición de la peculiar cultura vasca, y, todavía en primerísimo término la defensa del idioma".

La mayoría de las diferencias entre los hombres, si son sinceras, dependen de su particular jerarquía de valores; todos no pensamos en el mismo orden de importancias y preferencias, afortunadamente, y todos tenemos el derecho y la obligación de defender nuestro punto de vista y si podemos, de convencer a otros. Esta es la dinámica de la verdad. Si este intercambio se mantiene con fluidez y con periodicidad en las dos direcciones, el hombre irá en la dirección de la luz; y no de la que ciega, sino de la que nos ayuda a ver mejor.

Yo escuché con gusto a mi amigo Luis Las Heras. Estoy seguro que él me oye también. Conseguir eso ya es mucho. Pedir más sería pedir demasiado.